



10 céntimos

LA GUASA

SEMANARIO FESTIVO. LITERARIO É ILUSTRADO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle del Rosellón, número 80, piso 1.º, 2.ª puerta.

GRACIA (BARCELONA)

Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Sr. Director de LA GUASA, Rosellón, 80, 1.º, 2.ª, Gracia [Barcelona]

CRONICILLA



estas fechas ya está fuera de peligro ese bravo muchacho conocido por el Espartero

No soy fanático por los toros, ni soy tampoco de aquellos que ven en ellos una brutalidad sin mérito alguno.

Hay algo allí digno de ser meditado.

Ese puntillo, esa negra honrilla que tienen los toreros, es el caracter distintivo del pueblo español.

Ahora se ha visto en la plaza de Sevilla. Un francés, un alemán, un italiano, un inglés, cualquier otro habitante de las naciones civilizadas, que se hubiera visto con una cornada en el pecho, lo primero de que se hubiera cuidado era de ir al hospital.

Aquí no ha sucedido nada de esto. ¡Había la sangre y el pundonor torero de Manolillo de por medio! Casi desfallecido, manando abundante sangre de la herida que ha estado á punto de llevarle á hacer compañía á Curro Guillen, Bocanegra y Pepete, el Espartero preparó con serenidad la muleta y volvió á presentarse delante del toro.

Ni compañeros, ni autoridad, ni público, ni nadie, podía arrancarle de lo que él creía su obligación: matar el toro.

Por último, desangrado, llorando de coraje como una criatura, Manuel fué retirado á la enfermería.

La apreciación de este hecho ha llenado columnas y columnas de toda la prensa. Hay quién ha fustigado el acto bárbaro con la consiguiente indignación. Otros lo han atenuado.

Nosotros ¿qué hemos de decir? Pues nada, que hemos preferido ver á Manolillo

en esa actitud que retirarse voluntariamente á la enfermería. Dirán que es una barbaridad, pero el torero como el periodista, como el militar, como el hombre de Estado, tiene sus obligaciones que cumplir.

El que no tenga alma que no se meta á torero, el que no tenga dignidad que no se meta á periodista, el que no tenga pundonor que no se meta á militar, el que no tenga talento que no se meta á gobernar.

El Espartero es un héroe dentro de su peligroso oficio. Nosotros lo decimos y él lo prueba.

Hoy que le vemos fuera de peligro le enviamos nuestro más entusiasta aplauso por haber salido con bien de su herida.

¡Hubiera sido una lástima que el bravo muchacho hubiera acabado de tan ruin manera!

Ha de vivir, para demostrarnos lo que puede la inteligencia del hombre sobre la brutalidad inconsciente de la fiera.

Todo Barcelona pide la destitución y hasta el proceso del Ayuntamiento actual.

Nosotros pensamos de otro modo.

Desearíamos que en vez de derribar á este Ayuntamiento le conservásemos por veinte años.

Y nuestro deseo es lógico.

Un Ayuntamiento, como puede ser el nuestro, podría dedicarse cuatro años ó seis al merodeo, á hacer una fortuna. Una vez hecha ésta, pudiera ser que les diera á nuestros ediles por hacer nuestra felicidad.

Tendrían entonces catorce ó diez y seis años para ello. ¿Y quién duda que entonces no podrían introducir economías en el presupuesto?

Sí, que continúen los actuales concejales administrando nuestra hacienda. Barcelona es rica y puede sacrificar para ello un par de millones de duros.

¿Qué puede suceder si vienen nuevos concejales? Pues que como se traerán un

hambre atrasada, harán buenos á los actuales.

Nada, que sigan hasta el año 1912 los actuales.

Cuando Jaime el Barbudo se hizo rico, fué después el hombre más honrado que hubo en la comarca.

**

Desde que dejaron de publicarse los semanarios pornográficos, se ha establecido una noble emulación, entre la prensa diaria.

Hace algún tiempo nos habló *La Dinastía* de ciertos *alcah...* y ahora nos sale *El Diluvio* diciendo: *Después de véuralá 'l c... diu qu' es famella.*

Eso es muy sucio.

Es preciso que nosotros, los semanarios, hagamos entrar en caja á esos indecorosos periódicos.

¿No tienen mujeres é hijos los redactores de *La Dinastía* y *el Diluvio*?

Todo lo puede suplir el periodista que

sepa su obligación, sin necesidad de avergonzar á los lectores.

Nosotros nos hemos propuesto corregir las inconveniencias periodísticas y nossal-dremos con la nuestra.

¿A que no vuelve á hablar de alcah... *La Dinastía*? A que desde hoy *El Diluvio* no vuelve á decir inconveniencias como la citada?

**

Varios amigos y *admiradores* han dado un banquete al *escultor sevillano* don Ramón Padró por haber empleado *en eso* toda la hacienda de Don Diego Tenorio, es decir, del Municipio de Barcelona.

Entre los brindis faltó el nuestro, que pudo ser del tenor siguiente:

Yo brindo porque Padró
saque de los indios bravos
más patacones, que ochavos
en esteras se gastó.

DANIEL ORTIZ.

Carta

escrita en la posada
titulada «La Empanada.»

Sr. D. Abrahám Limorti.

Caro amigo.

Aunque en esta tierra sigo
forti qui forti qui forti, (1)
la tengo que abandonar
por razones... comerciales

¡ni dos reales
me quieren aquí fiar!

No consigo por más que
le busco desesperado,
encontrar ningún chiflado

que me dé,
para poder cuanto antes
salir yo de mis ápuros,
treinta duros

que considero bastantes
para pagar al patrón

diez pesetas
que me prestó, cien chuletas
de ternera, una ración
de pollo, dos de *salmi*
de conejo

y catorce de abadejo
que es el gasto que hice aquí.

Quiero esta cuenta, saldada

dejar pronto
porque el tonto

del dueño de «*La Empanada*»
que es un viejo muy grosero,
me amenazó antes de ayer

con romper

en mi cabeza un puchero
si la cuenta no le pago,

¡y de fijo

que lo hará como lo dije!

¿En tal situación que hago?
No es fácil aconsejar,
lo comprendo porque infiero
que no teniendo dinero
es imposible pagar.

No obstante, yo te suplico
que me dés en tal cuestión

tu opinión
porque chico

yo no sé que plan seguir
para remediar el mal.

¡Yo pediría metal,
pero no sé á quien pedir!

Sería una gran bobada
el que contase contigo,
porque aunque eres buen amigo
no me podrías dar nada,
en razón á tus *deberes*
como poeta del día...

(1) Aún cuando *forti* es un ripio, á ponerle me he atrevido, por no hallar más consonantes para tu apellido.

LA GUASA
EN EL CAMERINO, *por J. Passos.*



—¿Que no te gustó, Carmen,
el aderezo?
¡Claro! El carbón no brilla
mas que con fuego.
... Y yo presumo
que en tu amor, ya no hay llama,
¡Que solo hay humo!



—De qué te piensas vestir en Carnaval.
—De Carlos V. ¿Y tú?
—Yo de diablo.
—Hombre: ¿Para qué eliges ese traje?
—¡Toma, toma! Pues, para tentar á la mujeres.

¡Ay Abraham, cuanto daría
por no ser lo que tú eres!
No me abandones, por Dios,
en este trance fatal
porque es tal
(esto aquí para *inter nos*)
el miedo que desperdicio,
que como tu no me ayudes,
no lo dudes
me arrojare á un precipicio.
Por lo tanto ...*sacame*
de este apuro,
que amigo Abraham te aseguro
que te lo agradeceré
aunque ¡con rubor lo digo!
nunca fué vulgar en mi
ser agradecido.

Aquí
finaliza esta, tu amigo

VALENTÍN MOURO.

P. D.

Es ya inútil tu consejo
porque el viejo,
volvió á presentir la cuenta,
y al ver que no le di nada
fué y me pegó una patada,
que por poco me revienta.
¡Pero perdió su derecho
y esto es lo que voy ganando!
Si todos fuesen cobrando
lo mismo, ¡que satisfecho!
Y eso que recibiría,
según mis cuentas hechas,
ciento diez y seis patadas
si á todos pagar quería.

En fin, como me hago *Bos* (2)
y á más gasto el tiempo en balde,
cierro ya esta carta.

Adios.

Villa del eterno Alcalde
Noviembre 92.

(2) Pesado.

Entierros á plazos

Entierros á plazos desde 2
pesetas. Arganzuela, 29, cen-
tresuelo.

(SECCIÓN DE ANUNCIOS del *Im-
parcial*, del 28 de octubre).



E parece que este anuncio deja
tamaños á los yankees y á
las píldoras de Geraudel.

Hasta ahora sabíamos que
se daban camas á plazos, ro-
pas, muebles y aún que asegu-
raban la vida á plazo fijo; pero, ¡que hicie-
sen entierros á plazos!, lo ignorábamos.

No obstante, la idea es buena y ya empie-
za á producir resultados satisfactorios...
para el inventor.

—¿Es aquí donde hacen entierros á pla-
zos?— preguntará alguna suegra.

—Sí, señora. Para servir a V.—contesta-
rá el empleado fúnebre.

—No; para servir á mi yerno.

—V. dirá lo que desea.

—Yo quiero un entierro modesto. ¿De qué
precio los tienen?

—De dos pesetas, de dos cincuenta, de
tres, de cuatro y de cinco pesetas.

—Y diga V.: ¿no podrían rebajarme á sie-
te reales *ese* de dos pesetas?

—No, señora. Son precios fijos y para eso
si el interfecto no tiene defecto mayor que
lo impida.

—¿Qué quiere V., decir con eso? ¡No lo
comprendo!

—Quiero decir, que si el muerto no tiene

alguna protuberancia: porque como todas
las cajas de un mismo precio tienen igual
tamaño, si está hinchado ó es demasiado
grueso, necesita entierro de mayor precio.

—¿Luego el aumento, va en cantidad, no
en calidad?

—Sí, señora. El otro día, sin ir más lejos,
tuvimos que hacer un entierro especial pa-
ra un figle que fué escribiente de Isasa. El
pobre, de tanto tocar había ido creciendo,
creciendo y ya la digo á V. tuvimos que po-
nerle un entierro de cinco cincuenta. En
casos excepcionales, se aumentan cincuenta
céntimos por cada diez centímetros de caja.

—Bueno; pues entonces volveré con mi
yerno para que V. le vea, porque me figu-
ro que va á necesitar un entierro de diez
pesetas... ó de diez cincuenta.

Según hemos oído, ya hay quien piensa
levantar una estatua al inventor de tan be-
néficio proyecto.

Están los que tal piensan en los medios
—como diría Cavia;—ahora solo falta que
lleguen á... los enteros.

Por el pronto, cuenten con mi voto, con
el de mi familia y con el de un concejal,
tendero de ultramarinos, que anda por ahí
buscando votos; (¿para las elecciones?) no,
para la estatua.

Porque como el dice:

—Antes se morían Vdes. y cuando la fa-
milia no tenía dinero, les cojían y al furgón,
de donde algunas veces se escapaban los
interfeutos, hasta que luego les encontraba,
borrachos y tendidos en el suelo, alguna
pareja de la guardia civil. En cambio, aho-
ra por dos pesetas semanales les ponen *ca-
ma fúnebre y coche imperial*.

Además de entierros á plazos creo que hacen las diligencias para tomar estado y... proporcionan criadas de servir.

—¿Ha visto V. la agencia fúnebre que han instalado en la calle de la Arganzuela?—nos preguntó un amigo la otra noche.

—No he visto nada—le contestamos.

—Es una agencia *sic*. Entra V. allí, pide un entierro; se le sirven. Pide V. informes de una muchacha á quién ama; enseguida le dicen qué dote tiene, si le gustan los llamares en tinta y si duerme con el pañuelo hecho gorro. Pide V. una cocinera y la tiene al instante aunque la quiera china ó escandinava.

—¿Y si pide uno una credencial de *visitador de consumos*?

—Esa no se la pueden dar porque aún no han hecho el contrato con Bosch.

Es muy fácil que cuando más tranquilos estén los empleados, entre una señora dando gritos, y diga:

—Caballero, ¡ay! pobre Pepin, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!, quiero un entierro de lo mejor; ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!

—¡Señora!, ¿se ha muerto el puntillero? ¡Era amigo mío! ¡Pobre chico!

—No, ¡pobre Pepin!; ¡ay!, ¡jirico mío!! Es Pepin, mi perro favorito, que ha muerto por imprudente. Se ha tragado un tarro de *cold-cream* y no le ha podido digerir.

—¡Animalito! ¿Y quiere V....?

—Un entierro de lo mejor aunque tenga que pagar tres duros semanales. Era muy inteligente; y todos los días le traían un cubierto del Hotel Inglés, que me costaba tres pesetas.

—Pues, señora, siento decírselo á V., que me ha parecido tan simpática; pero, aquí, no enterramos á los perros.

—¿Aunque hayan sido ilustres?

—Aunque hayan tenido más nombre que el perro *Paco* y el perro del hortelano.

—Entonces, adios, hombre ingrato. ¡No querer enterrar á mi Pepin!

Otros llegarán y dirigiéndose al encargado de la pregunta:

—¿Se pueden ver los entierros?

—¿Cuales?

—Los de dos pesetas.

—Si, señor. Helos aquí. Cama imperial, coche con dos caballos y caja forrada de bayeta.

—Muy bien. Pues esto es lo que yo necesito. Ahora quiero que V. me de cinco duros y suprima el coche.

—¿Qué dice V.?

—Verá V.: Yo estoy para morirme de un momento á otro, porque á mi suegra le ha salido un bulto, del tamaño de una sandía, debajo del brazo izquierdo y debido á esto no me puede arañar. Pero según nos ha dicho el médico, mañana ó pasado se le sajará y ya estará en condiciones de pegarme. ¡Figúrese V. si al cabo de once días que no sufro sus *caricias*, podré resistirlas!; me muero y vengo á que me entierren Vdes. á plazos. Me da V. ahora los cinco duros, yo me divierto con ellos y cuando me entierren... manda V. que me lleven en carro y se ahorra el coche. ¿Puede ser?

—No; por ahora, no. Ya hablaremos cuando se muera.

Verdaderamente estamos en *fin de siècle*.

Ahora solo falta que salga algún inventor para hacer muertes á plazos. Hoy nos mata un pié; mañana un brazo, etc., y así nos va matando poco á poco, haciendo Vdes. el negocio al por mayor.

ESTANISLAO MAESTRE.

Uno menos

Sobre una mesa de pintado pino descansa un ataúd y en él durmiendo el último. contéplase á un anciano de lúenga barba y miserable aspecto.

Cuatro velas de cera en torno suyo resplandores siniestros lanzando, más tristeza le dan al aposento.

Vienen sólo á romper, de vez en cuando el sepulcral silencio que en aquel cuarto reina, los sollozos de la esposa y los hijos del que ha muerto.

Llega el día y con él llegan cuatro hombres, redoblan, á su vista, los lamentos as mujeres, más ellos no se inmutan

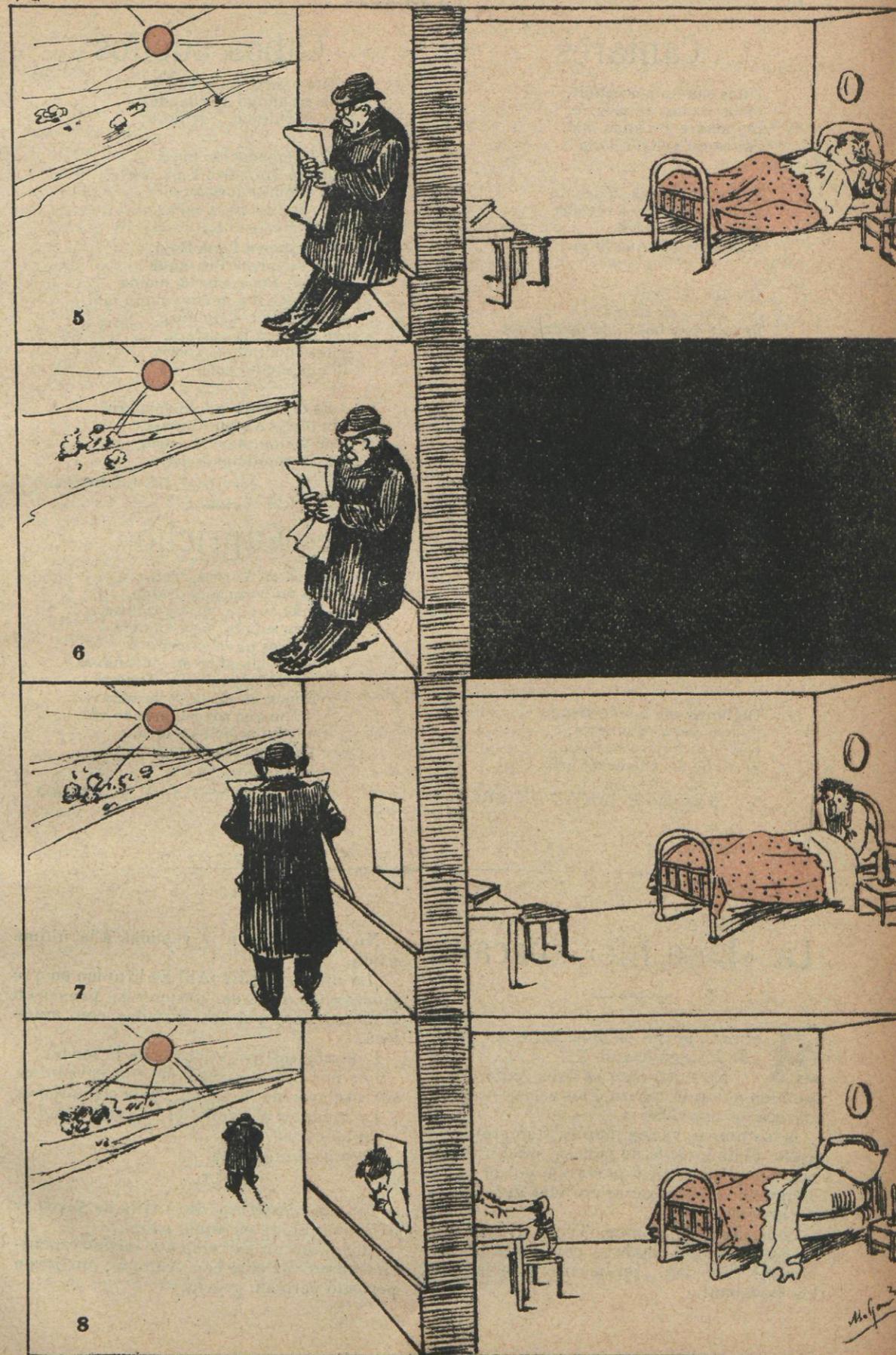
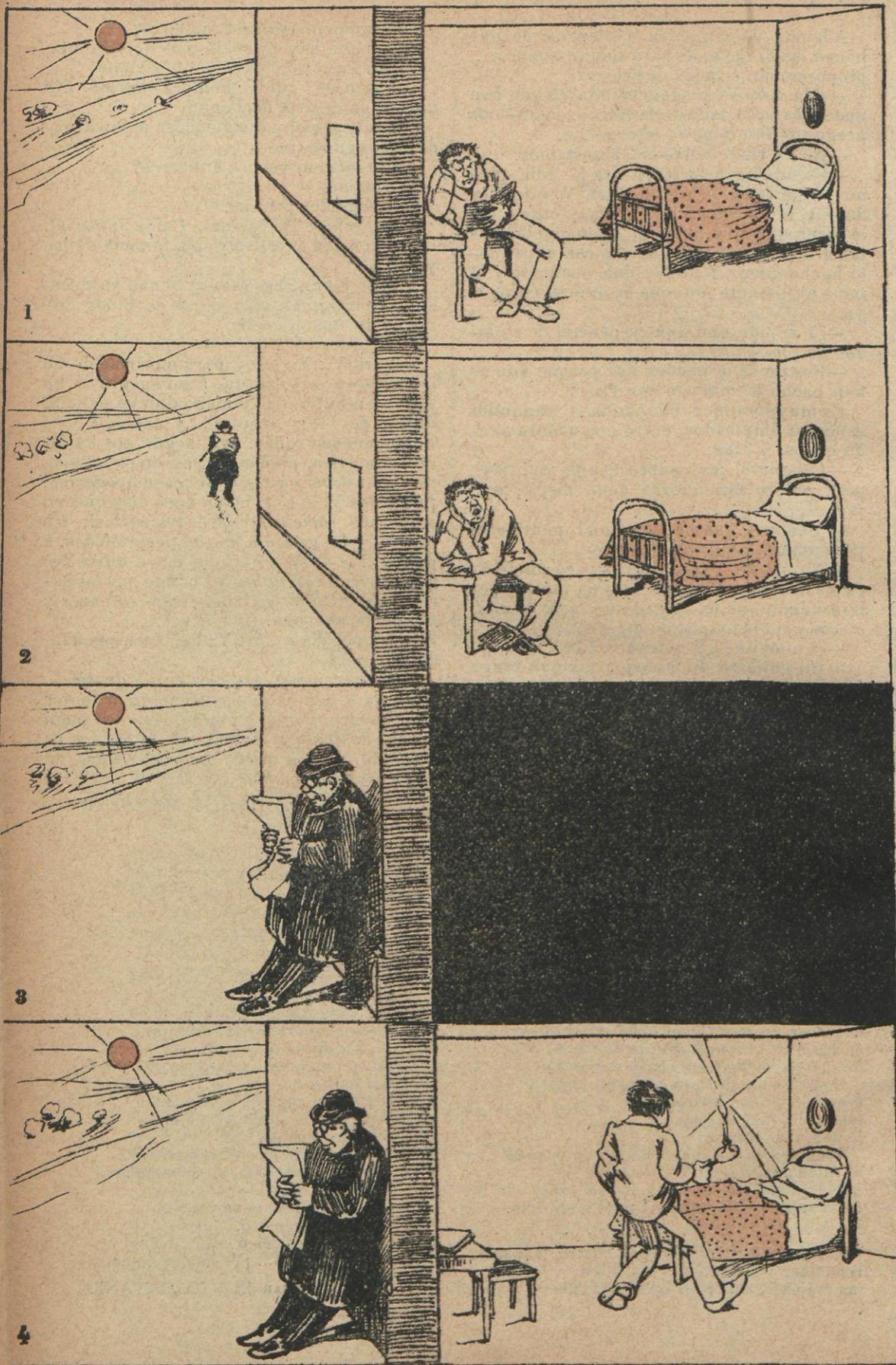
¡Son los sepultureros!

Dan besos los parientes al difunto, cierran, por fin el féretro y, aquellos hombres, impasibles, marchan cargados con el muerto á dejarle en un coche que hay abajo seguidos de unos cuantos, que el entierro del amigo acompañan, por la postrera vez con él cumpliendo.

Llegan al camposanto, en un sepulcro le depositan... luego en torno de él la gente se reúne, rezan un padre nuestro, le hechan encima tres ó cuatro palas de tierra y se acabó... ¡Ya hay uno menos!

CÉSAR PUEYO MATANZA.

LUZ Y SOMBRA, (historieta muda) por M. Gonzalez



Cantares

Unos cantan por cantar,
otros cantan de alegría...
¡ay madre del alma mía!
¡yo canto por no llorar!

Si porque lloras tu acción
piensas que voy á olvidar
pídele á tu corazón
más lágrimas que llorar.

Brisita del mar,
que vas á mi tierra
lévale este beso á la madre mía
á mi pobre vieja.

Quando en tus ojos negros
los míos fijo,
que miro me parece
un negro abismo;
y no es extraño,
que al fin me precipito,
pero... en tus brazos.

No digas que me desprecias
porque puedo recordarte
algo que no te convenga.

¡A que te vistes de blanco,
no sabes que ese color
en tu cuerpo es un sarcasmo?

De llorar me quedé ciego
apenas supe tu muerte,
para que quiero la vista
si no he de volver á verte.

ANTONIO P. LOPEZ DE ARCO.

Cabos sueltos

Del enano Luis Tafalla,
dice mi amigo Fernandez
que es politico... *de talla*,

Recomendación llevó
para un ministro, Luis Valle,
que al punto le colocó
de... patitas en la calle.

A la tuerta Pepa Rojo,
dijo el tendero Prevenda:
—Echa, Pepa, por la tienda
de cuando en cuando algún ojo.
—Pepa dijo: —Me miró,
por favor, á la carrera,
¡pues si tanto considera
de que modo quedo yo!

Es «La Paja» un Semanario
que dirige Antón Cerraja,
y de Antón, dice Macario,
que le mantiene *la paja*.
JOSÉ DOZ DE LA ROSA.

Capricho

Eres Aurora preciosa
la mujer más adorable,
más bonita, más graciosa,
más salada, más amable...
Eres nave salvadora
que vislumbro en lontananza
pues al verte bella Aurora
renace en mí la esperanza.

Diz que todo el mundo vé
en tí una belleza ideal.
¡Si eres más hermosa que
tu tocaya... la boreal!

JOSÉ M.^a SOLÍS Y MONTORO.

La «hige life» suecana

AQUELLA noche se daba baile en casa
de los señores de X.
No solamente se daba baile, sino
también dolor de cabeza á los vecinos y agua
clara á los convidados.

A las nueve, varias mamás, tomaron por
asalto el único sofá de la casa, mientras las
niñas comenzaron á pasearse por el salón
dirigiendo á los jóvenes miradas *dulces* pero
sin azúcar.

Lola, Matilde, Luisa, Trini, Hortensia,
Elodia... ¡bonitos nombres para heroínas de
novela! Pero ¡ay!... ¡eran tan cursis las que
los llevaban!

Nunca pudieron ir vestidas á la última
moda.

¡La última moda! ¡Ah! Es lo único en qué
piensan las mujeres, despues de pensar en
el matrimonio y en las tostadas con man-
teca.

Las mujeres son esclavas de la moda.
Los hombres, incluso los conservadores,
son esclavos de la moda... y de las mujeres.
La moda es el tirano de la humanidad.
La moda es.....
Pero no divaguemos.

**

Toda la *aristocracia* de la villa de Sueca se
hallaba reunida en aquel salón.

Elodia, en un extremo del mismo cuchi-
cheaba en voz baja con Antonio, un joven
perfecto pero sin gracia.

Arturo, otro joven cursi, enamorado de Elodia la miraba desde lejos con ojos de carnero degollado.

Y Federico, también enamorado de Elodia desaparecía del salón muy á menudo sin que nadie supiera la causa.

Unos afirmaban que salía en busca de la criada, la cual le daba mendrugos de pan y copitas de vino; y no le daba mas, porque él, mas no la pedía.

Otros afirmaban que salía para ir al tocador de la casa y arseglarse, porque aquella noche habia estrenado un chaqué. ¡Pero que chaqué!...

Otros suponían, y estos estaban en lo cierto, que Federico se iba á un pasillo oscuro, y allí, solo, ensayaba el baile que iban á tocar, y recitaba, bailando, la declaración que llevaba preparada para Elodia.

Una señorita se sentó al piano y empezó á ejecutar un bailable; á ejecutarlo en la verdadera acepción de la palabra.

Algunos jóvenes eligieron pareja y empezó el baile.

¡Bailar! ¡bailar! Ese es el único deseo de la gente joven.

El que baila es porque está contento.

¿Quién no ha bailado? ¿No están los liberales bailando en un pie porque están próximos á subir al poder?

¡Ah! ¡El baile! ¡el baile!

Pero no divaguemos.

Elodia habia prometido el primer wals á Antonio.

Arturo no se atrevía á sacarla á bailar, pero seguía echándole miradas que partían los corazones. Ni éste ni Federico tenían celos de Antonio, porque... ¡si era tan feo! ¿Cómo era posible, pensaban ellos, que Elodia se enamorase de un orangután como Antonio? Y no tenían en cuenta que las mujeres se parecen á las gallinas, que teniendo buena y abundante comida, van á picar al estiércol.

Federico, más atrevido que Arturo, se acercó á Elodia para sacarla á bailar, pero oyó que ésta decía:—A mí no me gustan los melones.

—¡Los melones!—exclamó Federico.—¡Dios mío! ¿Lo habrá dicho por mí?—y por entonces desistió de su empresa.

Poco después Antonio, levantándose, decía á Elodia:

—¿Vamos á bailar?

Elodia por toda contestación le presentó un pañuelo.

—Es muy mono,—dijo Antonio,—muy bonito, pero... ¿para qué me lo ofrece? porque yo no tengo ganas de sonarme.

—No, si es para que me lo ponga V. en la cintura, porque como sudan tanto las manos mientras se baila... me podía usted manchar el vestido.

—Es verdad, pero advierta V. que llevo guantes.

—No importa, los guantes son de piel de perro y los perros ¿no sudan?

—Sí, señorita, si...

Comenzaron á bailar y cada vez que la pareja pasaba por delante de Arturo, éste lanzaba un suspiro, al que contestaban varias jóvenes con miradas que querían decir: «No hagas caso de Elodia. ¿No te queremos nosotras más que ella...?»

Cuando la pareja pasaba por delante de Federico, éste se arreglaba el chaqué nuevo murmurando:—¡Melón! ¡melón! ¡Y lo habrá dicho por mí! Ella si que se *amelona!*

Y en efecto, tanto se *amelonaron* Antonio y Elodia, que al acabar el wals ya eran novios.

¡Novios! Esta es una de las palabras más dulces que existen.

La palabra novios es casi sinónima de felicidad.

Los novios... ¡Ah! ¡los novios!...

Pero no divaguemos.

Antes de terminar la reunión, sabían Arturo y Federico que Elodia tenía relaciones, pero no sabían con quién.

— ¡Con Arturo las tiene!—se dijo Federico mirándose el chaqué. ¡Por eso me llamaba melón! ¡Melón!... No hay remedio, hoy mato á Arturo; ¡lo mato!

Mientras tanto pensaba Arturo. —No hay duda, tiene relaciones con Federico... Es preciso desafiarse; me matará... ¡pero le desafío!

Y para salir de dudas, ambos se dirigieron á preguntárselo á Elodia.

Arturo llegó el primero á presencia de Elodia, y con voz resuelta, le dijo:

—¡Ah, ingrata! ¿Con que has desdenado mi amor y lo otorgas....

No pudo continuar, porque Federico, que se acercó en aquel momento, cogió á su supuesto rival por la oreja y lo echó dos pasos atrás.

—Señorita,—dijo Arturo—nunca creí yo que...

Pero Arturo, indignado de la acción de su rival, tampoco le dejó continuar, pues cogiéndose á los faldones del chaqué de Federico, tiró con tanta fuerza que se quedó con ellos en las manos. Federico, de un puñetazo, aplastó la nariz de su contrario. Empezaron á reñir á brazo partido y pisando callos y rasgando vestidos vinieron al suelo con gran estruendo.

Desde aquella noche Arturo quedó *chato* por los golpes que recibió. ¡Y eso que quedó con un palmo de narices!

LA GUASA
LLUVIA, por Cilla.



¡Si me revienta que llueva es por esto!



¡Si me gusta que caiga agua es por esto!



Uno que se tapa todo.



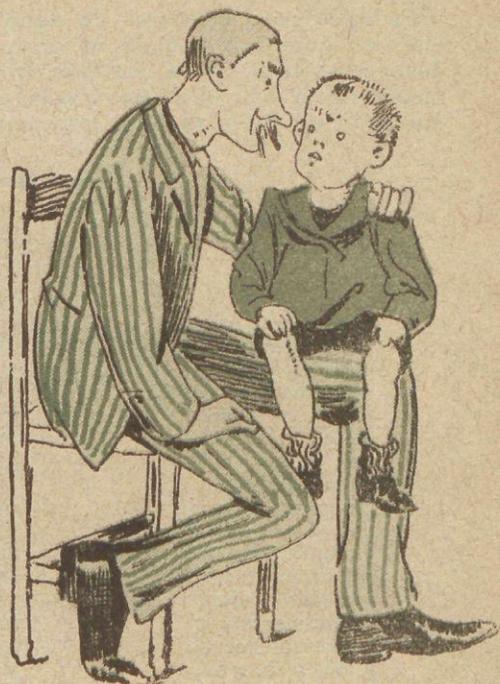
Otro que se tapa el sombrero.



Un tercero que no se tapa nada.



—No digas en casa que nos ha con-
vidado á refrescar el soldado aquel...
—Bueno, diré que te ha convidado
a tí sola.



—¿A quién quieres más á papá ó
á mamá?
—A papá.
—¿Y tú papá?
—A la doncella.



Cuanto Dios ha creado tiene algu-
na utilidad
—Pues mamá ¿aquel jóven que se
pasa el día mirándote desde la esqui-
na, para que sirve?



—Ayer papá habló de tí.
—¿De mí?... ¡Qué tuvo que hablar?
—Dijo que eres un *gilito*
y que te iba á reventar.

Federico, para acordarse de aquella noche, no quiere componer el chaqué, ni deshacerse de él, y va por esas calles haciendo reír á todo el mundo con su prenda sin faldones. Pero ya esta convencido de

que no fué él el melón.

Elodia, desde que pescó á Antonio, afirma que ya le gustan los melones... y hasta se atrevería á probarlos!

ANTONIO SERRA.

A un aspirante á marido

Si es que te cases,
amigo Carlos;
cierra los ojos
y hazme á mi caso,
porque es la vida
de los casados
una jarana
de mil diablos.
No pongo en duda
que el primer año
de matrimonio
sea un encanto;
que *ellas* y *ellos*
ensimismados
pasen dos horas
y tres y cuatro
solo diciéndose
¡cuánto te amo!
que hasta bendigan
su nuevo estado...
Todo esto acepto,
todo esto acato;
pero ¡qué importa
tanto entusiasmo

si, como es fácil,
vienen muchachos
y hacer con ellos
es necesario
gastos grandiosos
para calzarlos,
para vestirlos,
para... ¡canario!
otras mil cosas
y otros mil casos
que creo inútil
enumerarlos;
y luego el día
menos pensado,
los chicos mueren
y... otros al canto!
Vuelta á lo mismo,
vuelta á empezarlo;
con esto el tiempo
se va pasando,
con él se pasan
los entusiasmos,
y vienen luego
los desengaños,

las diferencias!
los altercados.
las desazones
y, entonces ¡claro!
ya no bendicen
su *nuevo estado*,
ni ya aseguran
que es un encanto,
ni ya se pasan
ensimismados
las horas muertas...
¡Ca, ni pensarlo!
ahora las pasan
muy ocupados...
en arrojarse
tazas y platos
á la cabeza,
y aun llegó el caso
de... Ya es bastante,
no prosigamos.
Esta es la vida
de los casados:
ahora, si quieres,
cásate, Carlos.

M. GONZALEZ NITELVÁN.

Sueltas

Cuando hables á un amigo.
ten siempre muy presente
que puede, fácilmente
llegar á ser mañana tu enemigo.

Le dió la chifladura á D. Torcuato
por hacer aprender leyes á un gato
y el músico Ruzafa,
por enseñar el piano á una girafa.
*Ninguno satisfito su deseo;
el querer no es poder por lo que veo.*

¿Que porqué no comparo, tus labios rojos
con dos hermosas rosas, de Alejandría?
¿Que porqué no te digo, que son tus ojos
mas bellos que dos soles, dices María?
¿Que porqué no te llamo, *prenda adorada*
y *mi amor* y *mi dicha*, *sol* y *lucero*?
La razón es sencilla, mi bien amada,
no te digo esas cosas, porque no quiero.

CÉSAR PUEYO MATANZA.

INFUNDIOS

En el próximo número inauguraremos una sección titulada «Desde Madrid» de la que se encargará un distinguido colaborador madrileño.

Por hallarse indispuerto nuestro director, no podemos hoy contestar en la «Correspondencia» las numerosas cartas que hemos recibido.

PUBLICACIONES.

Fruta del tiempo, precioso tomo de poesías originales de nuestro distinguido colaborador D. Carlos Cant.

«La Caricatura» y «Don Quijote» chispeantes periódicos de la corte.

Imp. de P. Ortega, Aribau, 13.

SECCION DE ANUNCIOS

Anuncios á precios convencionales

Centro para el reparto y venta de periódicos y demás publicaciones;

Kiosco **EL GLOBO** de
Don Pedro Alonso

Plaza de Bilbao

==== **VITORIA** =====

Centro para el reparto y venta de periódicos y demás publicaciones;

DON JULIÁN RODRÍGUEZ

corresponsal de *LA GUASA*

Ancha San Bernardo, 27, bajo

==== **MADRID** =====

Manzana 19

GRAN COCHERIA
de

ANTONIO JAUSET

Teléfono n.º 698.—Paseo de Gracia

BARCELONA

Se ceden habitaciones con asistencia.

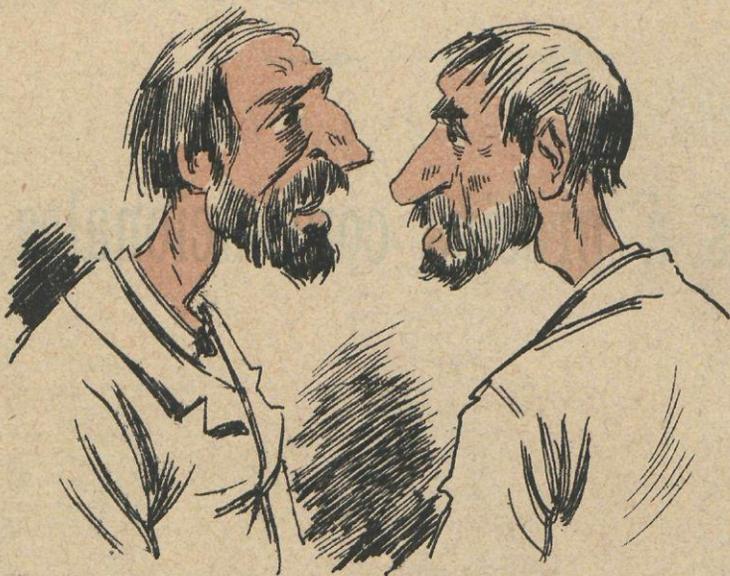
TRATO ESMERADISIMO

Aribau, 83, 1.ª, 2.ª

ELIXIR RIOLA

Este maravilloso Elixir es el único y radical remedio que cura pronto y con rapidez el escorbuto, úlceras (llagas), de la boca y la piel, grietas (tallos) de los pechos, hemorragia é inflamación de las encías, fortificándolas y evitando la oscilación de los dientes. Basta consumir uno ó los frascos de este Elixir para alcanzar la completa curación.—Único depósito en Barcelona, calle Fuente San Miguel, 2, Farmacia de Carreras.—Véndese en todas las farmacias.

LA GUASA
CONFERENCIA, por Cilla.



—Chico, la situación se vá.
—Verás: los que nos vamos, somos nosotros.

LA GUASA

PERIODICO FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

en el que colaboran

**NUESTROS MEJORES ESCRITORES
Y DIBUJANTES**

PRECIOS DE SUSCRIPCION

2 PESETAS TRIMESTRE

Número suelto, 10 céntimos

Número atrasado, 20 céntimos

REDACCION y ADMINISTRACION: Rosellón, 80, 1.º, 2.º,
(Gracia) Barcelona, (donde se dirigirá toda la correspondencia).